

Federico García Lorca

Bodas de sangre

Galaxia Gutenberg

Federico García Lorca

Bodas de sangre

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: diciembre 2015

© Herederos de Federico García Lorca, 2015
© del material de la película y del prólogo de la directora: Betta Pictures, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: DL B 25667-2015
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-63-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Bodas de sangre

Tragedia en tres actos y siete cuadros

Personajes

LA MADRE
LA NOVIA
LA SUEGRA
LA MUJER DE LEONARDO
LA CRIADA
LA VECINA
MUCHACHAS
LEONARDO
EL NOVIO
EL PADRE DE LA NOVIA
LA LUNA
LA MUERTE (como mendiga)
LEÑADORES
MOZOS

Acto primero

CUADRO PRIMERO

Habitación pintada de amarillo.

NOVIO. *(Entrando.)* Madre.
MADRE. ¿Qué?
NOVIO. Me voy.
MADRE. ¿Adónde?
NOVIO. A la viña. *(Va a salir.)*
MADRE. Espera.
NOVIO. ¿Quiere algo?
MADRE. Hijo, el almuerzo.
NOVIO. Déjelo. Comeré uvas. Déme la navaja.
MADRE. ¿Para qué?
NOVIO. *(Riendo.)* Para cortarlas.
MADRE. *(Entre dientes y buscándola.)* La navaja, la navaja... Maldita sean todas y el bribón que las inventó.
NOVIO. Vamos a otro asunto.
MADRE. Y las escopetas y las pistolas y el cuchillo más pequeño, y hasta las azadas y los bieldos de la era.
NOVIO. Bueno.
MADRE. Todo lo que puede cortar el cuerpo de un hombre. Un hombre hermoso, con su flor en la boca, que sale a las viñas o va a sus olivos propios, porque son de él, heredados...
NOVIO. *(Bajando la cabeza.)* Calle usted.
MADRE. ... y ese hombre no vuelve. O si vuelve es para ponerle una palma encima o un plato de sal gorda para que no se hinche. No sé cómo te atreves a llevar una navaja en tu cuerpo, ni cómo yo dejo a la serpiente dentro del arcón.
NOVIO. ¿Está bueno ya?

MADRE. Cien años que yo viviera, no hablaría de otra cosa. Primero tu padre; que me olía a clavel y lo disfruté tres años escasos. Luego tu hermano. ¿Y es justo y puede ser que una cosa pequeña como una pistola o una navaja pueda acabar con un hombre, que es un toro? No callaría nunca. Pasan los meses y la desesperación me pica en los ojos y hasta en las puntas del pelo.

NOVIO. *(Fuerte.)* ¿Vamos a acabar?

MADRE. No. No vamos a acabar. ¿Me puede alguien traer a tu padre? ¿Y a tu hermano? Y luego el presidio. ¿Qué es el presidio? ¡Allí comen, allí fuman, allí tocan los instrumentos! Mis muertos llenos de hierba, sin hablar, hechos polvo; dos hombres que eran dos geranios... Los matadores, en presidio, frescos, viendo los montes...

NOVIO. ¿Es que quiere usted que los mate?

MADRE. No... Si hablo es porque... ¿Cómo no voy a hablar viéndote salir por esa puerta? Es que no me gusta que lleves navaja. Es que... que no quisiera que salieras al campo.

NOVIO. *(Riendo.)* ¡Vamos!

MADRE. Que me gustaría que fueras una mujer. No te irías al arroyo ahora y bordaríamos las dos cenefas y perritos de lana.

NOVIO. *(Coge de un brazo a la Madre y ríe.)* Madre, ¿y si yo la llevara conmigo a las viñas?

MADRE. ¿Qué hace en las viñas una vieja? ¿Me ibas a meter debajo de los pámpanos?

NOVIO. *(Levantándola en sus brazos.)* Vieja, revieja, requetevieja.

MADRE. Tu padre sí que me llevaba. Eso es buena casta. Sangre. Tu abuelo dejó un hijo en cada esquina. Eso me gusta. Los hombres, hombres; el trigo, trigo.

NOVIO. ¿Y yo, madre?

MADRE. ¿Tú, qué?

NOVIO. ¿Necesito decírselo otra vez?

MADRE. *(Seria.)* ¡Ah!

NOVIO. ¿Es que le parece mal?

MADRE. No.

NOVIO. ¿Entonces?...

MADRE. No lo sé yo misma. Así, de pronto, siempre me sor-

prende. Yo sé que la muchacha es buena. ¿Verdad que sí? Modosa. Trabajadora. Amasa su pan y cose sus faldas, y siento sin embargo cuando la nombro, como si me dieran una pedrada en la frente.

NOVIO. Tonterías.

MADRE. Más que tonterías. Es que me quedo sola. Ya no me quedas más que tú y siento que te vayas.

NOVIO. Pero usted vendrá con nosotros.

MADRE. No. Yo no puedo dejar aquí solos a tu padre y a tu hermano. Tengo que ir todas las mañanas, y si me voy es fácil que muera uno de los Félix, uno de la familia de los matadores, y lo entierren al lado. ¡Y eso sí que no! ¡Ca! ¡Eso sí que no! Porque con las uñas los desentierro y yo sola los machaco contra la tapia.

NOVIO. *(Fuerte.)* Vuelta otra vez.

MADRE. Perdóname. *(Pausa.)* ¿Cuánto tiempo llevas en relaciones?

NOVIO. Tres años. Ya pude comprar la viña.

MADRE. Tres años. ¿Ella tuvo un novio, no?

NOVIO. No sé. Creo que no. Las muchachas tienen que mirar con quién se casan.

MADRE. Sí. Yo no miré a nadie. Miré a tu padre, y cuando lo mataron miré a la pared de enfrente. Una mujer con un hombre, y ya está.

NOVIO. Usted sabe que mi novia es buena.

MADRE. No lo dudo. De todos modos siento no saber cómo fue su madre.

NOVIO. ¿Qué más da?

MADRE. *(Mirándolo.)* Hijo.

NOVIO. ¿Qué quiere usted?

MADRE. ¡Qué es verdad! ¡Que tienes razón! ¿Cuándo quieres que la pida?

NOVIO. *(Alegre.)* ¿Le parece bien el domingo?

MADRE. *(Seria.)* Le llevaré los pendientes de azófar, que son antiguos, y tú le compras...

NOVIO. Usted entiende más...

MADRE. Le compras unas medias caladas, y para ti dos trajes... ¡Tres! ¡No te tengo más que a ti!

NOVIO. Me voy. Mañana iré a verla.
MADRE. Sí, sí, y a ver si me alegras con seis nietos, o los que te dé la gana, ya que tu padre no tuvo lugar de hacérmelos a mí.
NOVIO. El primero para usted.
MADRE. Sí, pero que haya niñas. Que yo quiero bordar y hacer encaje y estar tranquila.
NOVIO. Estoy seguro que usted querrá a mi novia.
MADRE. La querré. *(Se dirige a besarlo y reacciona.)* Anda, ya estás muy grande para besos. Se los das a tu mujer. *(Pausa. Aparte.)* Cuando lo sea.
NOVIO. Me voy.
MADRE. Que caves bien la parte del molinillo, que la tienes descuidada.
NOVIO. ¡Lo dicho!
MADRE. Anda con Dios. *(Vase el Novio. La Madre queda sentada de espaldas a la puerta. Aparece en la puerta una Vecina vestida de color oscuro, con pañuelo a la cabeza.)* Pasa.
VECINA. ¿Cómo estás?
MADRE. Ya ves.
VECINA. Yo bajé a la tienda y vine a verte. ¡Vivimos tan lejos!
MADRE. Hace veinte años que no he subido a lo alto de la calle.
VECINA. Tú estás bien.
MADRE. ¿Lo crees?
VECINA. Las cosas pasan. Hace dos días trajeron al hijo de mi vecina con los dos brazos cortados por la máquina. *(Se sienta.)*
MADRE. ¿A Rafael?
VECINA. Sí. Y allí lo tienes. Muchas veces pienso que tu hijo y el mío están mejor donde están, dormidos, descansando, que no expuestos a quedarse inútiles.
MADRE. Calla. Todo eso son invenciones, pero no consuelos.
VECINA. ¡Ay!
MADRE. ¡Ay! *(Pausa.)*
VECINA. *(Triste.)* ¿Y tu hijo?
MADRE. Salió.
VECINA. ¡Al fin compró la viña!

MADRE. Tuvo suerte.
VECINA. Ahora se casará.
MADRE. *(Como despertando y acercando su silla a la silla de la Vecina.)* Oye.
VECINA. *(En plan confidencial.)* Dime.
MADRE. ¿Tú conoces a la novia de mi hijo?
VECINA. ¡Buena muchacha!
MADRE. Sí, pero...
VECINA. Pero quien la conozca a fondo no hay nadie. Vive sola con su padre allí, tan lejos, a diez leguas de la casa más cerca. Pero es buena. Acostumbrada a la soledad.
MADRE. ¿Y su madre?
VECINA. A su madre la conocí. Hermosa. Le relucía la cara como a un santo; pero a mí no me gustó nunca. No quería a su marido.
MADRE. *(Fuerte.)* Pero ¡cuántas cosas sabéis las gentes!
VECINA. Perdona. No quise ofender; pero es verdad. Ahora; si fue decente o no, nadie lo dijo. De esto no se ha hablado. Ella era orgullosa.
MADRE. ¡Siempre igual!
VECINA. Tú me preguntaste.
MADRE. Es que quisiera que ni a la viva ni a la muerta las conociera nadie. Que fueran como dos cardos, que ninguna persona les nombra y pinchan si llega el momento.
VECINA. Tienes razón. Tu hijo vale mucho.
MADRE. Vale. Por eso lo cuido. A mí me habían dicho que la muchacha tuvo novio hace tiempo.
VECINA. Tendría ella quince años. Él se casó ya hace dos años con una prima de ella, por cierto. Nadie se acuerda del noviazgo.
MADRE. ¿Cómo te acuerdas tú?
VECINA. ¡Me haces unas preguntas!
MADRE. A cada uno le gusta enterarse de lo que le duele. ¿Quién fue el novio?
VECINA. Leonardo.
MADRE. ¿Qué Leonardo?
VECINA. Leonardo el de los Félix.
MADRE. *(Levantándose.)* ¡De los Félix!

VECINA. Mujer, ¿qué culpa tiene Leonardo de nada? Él tenía ocho años cuando las cuestiones.

MADRE. Es verdad... Pero oigo eso de Félix y es lo mismo *(Entre dientes.)* Félix que llenárseme de cieno la boca *(Escupe.)* y tengo que escupir, tengo que escupir por no matar.

VECINA. Repórtate; ¿qué sacas con eso?

MADRE. Nada. Pero tú lo comprendes.

VECINA. No te opongas a la felicidad de tu hijo. No le digas nada. Tú estás vieja. Yo también. A ti y a mí nos toca callar.

MADRE. No le diré nada.

VECINA. *(Besándola.)* Nada.

MADRE. *(Serena.)* ¡Las cosas!...

VECINA. Me voy, que pronto llegará mi gente del campo.

MADRE. ¿Has visto que día de calor?

VECINA. Iban negros los chiquillos que llevan el agua a los segadores. Adiós, mujer.

MADRE. Adiós.

(La Madre se dirige a la puerta de la izquierda. En medio del camino se detiene y lentamente se santigua.)

Telón

CUADRO II

Habitación pintada de rosa con cobres y ramos de flores populares. En el centro, una mesa con mantel. Es la mañana.

(Suegra de Leonardo con un niño en brazos. Lo mece. La Mujer, en la otra esquina, hace punto de media.)

SUEGRA.

Nana, niño, nana
del caballo grande

que no quiso el agua.
El agua era negra
dentro de las ramas.
Cuando llega al puente
se detiene y canta.
¿Quién dirá, mi niño,
lo que tiene el agua,
con su larga cola
por su verde sala?

MUJER. *(Bajo.)*

Duérmete, clavel,
que el caballo no quiere beber.

SUEGRA.

Duérmete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.
Las patas heridas,
las crines heladas,
dentro de los ojos
un puñal de plata.
Bajaban al río.
¡Ay, cómo bajaban!
La sangre corría
más fuerte que el agua.

MUJER.

Duérmete, clavel,
que el caballo no quiere beber.

SUEGRA.

Duérmete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.

MUJER.

No quiso tocar
la orilla mojada,
su belfo caliente
con moscas de plata.
A los montes duros
solo relinchaba
con el río muerto
sobre la garganta.

¡Ay, caballo grande
que no quiso el agua!
¡Ay dolor de nieve,
caballo del alba!

SUEGRA.

¡No vengas! Deténte,
cierra la ventana
con ramas de sueños
y sueño de ramas.

MUJER.

Mi niño se duerme.

SUEGRA.

Mi niño se calla.

MUJER.

Caballo, mi niño
tiene una almohada.

SUEGRA.

Su cuna de acero.

MUJER.

Su colcha de holanda.

SUEGRA.

Nana, niño, nana.

MUJER.

¡Ay caballo grande
que no quiso el agua!

SUEGRA.

¡No vengas, no entres!
Vete a la montaña.
Por los valles grises
donde está la jaca.

MUJER. *(Mirando.)*

Mi niño se duerme.

SUEGRA.

Mi niño descansa.

MUJER. *(Bajito.)*

Duérmete, clavel,
que el caballo no quiere beber.

SUEGRA. *(Levantándose y muy bajito.)*
Duérmete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.

(Entran al niño. Entra Leonardo.)

LEONARDO. ¿Y el niño?
MUJER. Se durmió.
LEONARDO. Ayer no estuvo bien. Lloró por la noche.
MUJER. *(Alegre.)* Hoy está como una dalia. ¿Y tú? ¿Fuiste a casa del herrador?
LEONARDO. De allí vengo. ¿Querrás creer? Llevo más de dos meses poniendo herraduras nuevas al caballo y siempre se le caen. Por lo visto se las arranca con las piedras.
MUJER. ¿Y no será que lo usas mucho?
LEONARDO. No. Casi no lo utilizo.
MUJER. Ayer me dijeron las vecinas que te habían visto al límite de los llanos.
LEONARDO. ¿Quién lo dijo?
MUJER. Las mujeres que cogen las alcaparras. Por cierto que me sorprendió. ¿Eras tú?
LEONARDO. No. ¿Qué iba a hacer yo allí, en aquel secano?
MUJER. Eso dije. Pero el caballo estaba reventando de sudar.
LEONARDO. ¿Lo viste tú?
MUJER. No. Mi madre.
LEONARDO. ¿Está con el niño?
MUJER. Sí. ¿Quieres un refresco de limón?
LEONARDO. Con el agua bien fría.
MUJER. ¡Cómo no viniste a comer!...
LEONARDO. Estuve con los medidores del trigo. Siempre entretienen.
MUJER. *(Haciendo el refresco y muy tierna.)* ¿Y lo pagan a buen precio?
LEONARDO. El justo.
MUJER. Me hace falta un vestido y al niño una gorra con lazos.
LEONARDO. *(Levantándose.)* Voy a verlo.
MUJER. Ten cuidado, que está dormido.

SUEGRA. *(Saliendo.)* Pero ¿quién da esas carreras al caballo? Está abajo tendido, con los ojos desorbitados como si llegara del fin del mundo.
LEONARDO. *(Agrio.)* Yo.
SUEGRA. Perdona; tuyo es.
MUJER. *(Tímida.)* Estuvo con los medidores del trigo.
SUEGRA. Por mí, que reviente. *(Se sienta. Pausa.)*
MUJER. El refresco. ¿Está frío?
LEONARDO. Sí.
MUJER. ¿Sabes que piden a mi prima?
LEONARDO. ¿Cuándo?
MUJER. Mañana. La boda será dentro de un mes. Espero que vendrán a invitarnos.
LEONARDO. *(Serio.)* No sé.
SUEGRA. La madre de él creo que no estaba muy satisfecha con el casamiento.
LEONARDO. Y quizá tenga razón. Ella es de cuidado.
MUJER. No me gusta que penséis mal de una buena muchacha.
SUEGRA. Pero cuando dice eso es porque la conoce. ¿No ves que fue tres años novia suya? *(Con intención.)*
LEONARDO. Pero la dejé. *(A su Mujer.)* ¿Vas a llorar ahora? ¡Quita! *(La aparta bruscamente las manos de la cara.)* Vamos a ver al niño.

(Entran abrazados. Aparece la Muchacha, alegre. Entra corriendo.)

MUCHACHA. Señora.
SUEGRA. ¿Qué pasa?
MUCHACHA. Llegó el novio a la tienda y ha comprado todo lo mejor que había.
SUEGRA. ¿Vino solo?
MUCHACHA. No, con su madre. Seria, alta. *(La imita.)* Pero ¡qué lujo!
SUEGRA. Ellos tienen dinero.
MUCHACHA. ¡Y compraron unas medias caladas! ¡Ay, qué medias! ¡El sueño de las mujeres en medias! Mire usted:

una golondrina aquí *(Señala al tobillo.)*, un barco aquí *(Señala la pantorrilla.)*, y aquí una rosa. *(Señala al muslo.)*

SUEGRA. ¡Niña!

MUCHACHA. ¡Una rosa con las semillas y el tallo! ¡Ay! ¡Todo en seda!

SUEGRA. Se van a juntar dos buenos capitales.

(Aparecen Leonardo y su Mujer.)

MUCHACHA. Vengo a deciros lo que están comprando.

LEONARDO. *(Fuerte.)* No nos importa.

MUJER. Déjala.

SUEGRA. Leonardo, no es para tanto.

MUCHACHA. Usted dispense. *(Se va llorando.)*

SUEGRA. ¿Qué necesidad tienes de ponerte a mal con las gentes?

LEONARDO. No le he preguntado su opinión. *(Se sienta.)*

SUEGRA. Está bien. *(Pausa.)*

MUJER. *(A Leonardo.)* ¿Qué te pasa? ¿Qué idea te bulle por dentro de la cabeza? No me dejes así, sin saber nada...

LEONARDO. Quita.

MUJER. No. Quiero que me mires y me lo digas.

LEONARDO. Déjame. *(Se levanta.)*

MUJER. ¿Adónde vas, hijo?

LEONARDO. *(Agrio.)* ¿Te puedes callar?

SUEGRA. *(Enérgica a su Hija.)* ¡Cállate! *(Sale Leonardo.)* ¡El niño!

(Entra y vuelve a salir con él en brazos. La Mujer ha permanecido de pie, inmóvil.)

Las patas heridas,
las crines heladas,
dentro de los ojos
un puñal de plata.
Bajaban al río.
¡Ay, cómo bajaban!
La sangre corría
más fuerte que el agua.